

LUIS PÁSARA

# LA ILUSIÓN DE UN PAÍS DISTINTO

CAMBIAR EL PERÚ: DE UNA GENERACIÓN A OTRA

José ALVARADO JESÚS Diana ÁVILA

## Capítulo 24

Alberto DE BELAUNDE Salvador DEL  
SOLAR Fernando EGUREN Alberto  
GONZALES Álvaro HENZLER Max  
HERNÁNDEZ Indira HUILCA Natalia  
IGUIÑIZ Jimena LEDGARD Vania MASÍAS  
Farid MATUK Jaime MONTOYA UGARTE  
Abelardo OQUENDO Cecilia OVIEDO  
Tania PARIONA Fernando ROSPIGLIOSI  
Gerardo SARAVIA Cecilia TOVAR  
SAMANEZ Paloma VALDEAVELLANO  
Victoria VILLANUEVA Joseph ZÁRATE

**BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ**  
Centro Bibliográfico Nacional

985.004 I La ilusión de un país distinto: cambiar el Perú: de una generación a otra / [testimonios, Abelardo Oquendo, José Alvarado Jesús, Héctor Béjar ... et al.]; Luis Pásara, [entrevistas].-- 1a ed.-  
- Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017 (Lima: Tarea Asociación Gráfica Educativa).

396 p.; 24 cm.

Incluye referencias bibliográficas.

D.L. 2017-07453

ISBN 978-612-317-274-9

1. Realidad peruana - Siglo XXI 2. Intelectuales - Perú - Entrevistas 3. Celebridades - Perú - Entrevistas 4. Problemas sociales - Perú 5. Participación política - Perú 6. Perú - Política y gobierno - Siglo XXI 7. Perú - Condiciones sociales - Siglo XXI 8. Perú - Condiciones económicas - Siglo XXI I. Oquendo, Abelardo, 1930- II. Alvarado Jesús, José III. Béjar Rivera, Héctor, 1935- IV. Pásara, Luis, 1944- V. Pontificia Universidad Católica del Perú

**BNP: 2017-1864**

*La ilusión de un país distinto*  
*Cambiar el Perú: de una generación a otra*  
© Luis Pásara, 2017

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017  
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú  
feditor@pucp.edu.pe  
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo  
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2017  
Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,  
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-07453  
ISBN: 978-612-317-274-9  
Registro del Proyecto Editorial: 31501361700693

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa  
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

## SALVADOR DEL SOLAR

«QUISIERA UN PERÚ QUE DÉ UN SALTO AL NIVEL DE CIVILIZACIÓN DEMOCRÁTICA, DONDE HAYA ESPACIO PARA DISCREPANCIA Y QUE ESTO LO CUIDEMOS PORQUE ES PARA LOS QUE CONVIVEN CON NOSOTROS, PERO TAMBIÉN PARA LOS QUE VIENEN DESPUÉS».

La sensación que tengo ahora es que el país no ha dejado de cambiar. Nací en 1970 y recuerdo la imagen del general Velasco Alvarado hablando por la televisión en blanco y negro, y el encendido de la televisión y la despedida en quechua. En 1980 vi una foto del presidente mexicano de entonces y pregunté a mi mamá: «¿Por qué el presidente mexicano no tiene uniforme?». En mi cabeza eso era lo normal, así como era normal en esa época pensar que el Perú iba a los mundiales. El país cambió y, al crecer yo un poco más, supe que el país había cambiado radicalmente a partir del año 68. Con Fernando Belaunde en su segundo gobierno, vi cómo el Perú volvió a cambiar de manera radical, apenas iniciado ese regreso democrático, con la violencia y posteriormente con la hiperinflación del primer gobierno de García. Luego vino esa especie de promesa, la ilusión de un cambio propuesto por la candidatura de Mario Vargas Llosa. Y fue otro el cambio que nos llegó, bastante abrupto también, que otra vez acabó quitándole opciones a la democracia, discontinua hasta ese momento. Esa discontinuidad me habla de un cambio que no deja de suceder, lo cual no quiere decir que no haya un cambio que podamos desear.

Se trata de un cambio distinto; hay una pugna por un cambio en medio de un contexto mundial donde la gente siente que ha perdido el control, que sus gobiernos han perdido el control o que el margen de control que tiene un gobierno es mucho menor. Por ejemplo, si China cambia de políticas o sus políticas cambian de resultados, cambia nuestra vida. En ese contexto, el cambio que necesitamos no es en una dirección nueva. Más bien se trata de construir lo que siempre debió haber estado a la base: un espacio público democrático, un «nosotros» en el que podamos tener una discusión, donde podamos estar en desacuerdos que estén contenidos por unas reglas de juego aceptadas. Esto tiene que partir del reconocimiento de que nuestros

intereses privados —tan atendidos, por lo menos a nivel de discurso, en estas últimas dos décadas— están en juego dentro de algo más importante, que es el contexto de lo público, el contexto del «nosotros» que deberíamos conformar. La velocidad del cambio que viene a partir del Alberto Fujimori y de la inclinación del Perú hacia el consenso de Washington, en un mundo más globalizado, ha dejado muy a la saga la tarea de este espacio público en el que todos nos sentimos en el mismo barco. Me parece que ese es el cambio que nos hace falta.

No creo que ese cambio sea algo limitado al Estado, pero sí creo que hay un cometido muy grande del Estado en cuanto a asumir la responsabilidad del cumplimiento de la ley, del respeto a la ley. Pero no puede ser solamente un espacio impulsado por el Estado. Necesitamos que el llamado del Estado pueda tener respuesta. Por lo tanto, tiene que ser un Estado más confiable, al que, por ejemplo, aceptemos pagar nuestros impuestos. La informalidad, que es una de nuestras características como sociedad, es básicamente el declararnos fuera de ese espacio, en tierra de nadie.

Supongo que muchos peruanos que han vivido fuera, y han tenido un lapso de su vida en países más organizados en este sentido, pueden dar testimonio de que se sienten mucho más cómodos en esos países. No sé si lo que sentimos aquí es comodidad de estar fuera de las formas públicas o sentimos que es una mejor opción respecto a la desconfianza que en nuestro país nos da el espacio público: no nos lo creemos, nadie lo respeta, nosotros no tenemos por qué respetarlo. Pero, en realidad, es mucho más cómodo estar en un país en donde el «nosotros» y las reglas de juego están aceptados de una manera tan tácita que han sido incorporadas como parte de la educación, en el sentido más amplio.

No sé si como consecuencia del colegio, en combinación con el ejemplo de mi madre, Elvira Labarthe, siempre he sentido que hay un tema de responsabilidad. Desde que tengo memoria, mi mamá siempre ha dedicado buena parte de su energía a ayudar a causas específicas, vinculadas al Callao, donde mi abuelo fue alcalde antes de que yo naciera. En el segundo gobierno de Belaunde, entre 1980 y 1985, ella coordinaba con las zonas de Gambetta, en el Callao, todos los días. Nadie le pedía a mi mamá, que además tenía que encargarse de sus hijos, que destinara buena parte de su tiempo a estar vinculada con esa tierra chalaca, a la que ella siempre se sintió tan cercana a raíz de mi abuelo. A mí me parecía lo más natural que sintiéramos, como personas de clase media alta, que había un montón de gente que no tenía o no había tenido las oportunidades de acceder a más educación, más salud o más servicios, y que en nuestro país las grandes mayorías no tenían lo que yo podía dar por sentado.

En mí una influencia fundamental es Alberto Ísola, con quien pasé a estudiar tan pronto terminé mis estudios de Derecho. No solo por sus cualidades como maestro, director y actor, sino por el compromiso que ha asumido con el teatro nacional y

por su rigor, su vocación de excelencia. Un porcentaje importante de las actrices, actores y directores en el Perú —que hemos tenido la suerte de tener algún tipo de formación con Alberto— más de una vez hemos sido testigos de su reclamo, a veces muy airado: «Nadie nos ha pedido hacer teatro; si estamos haciendo teatro, tenemos que hacerlo bien». Independientemente del talento que cada quien pueda tener, si estás dedicando horas a algo que no tiene que ver con hacerse rico y nadie te ha obligado, tienes que dar lo mejor de ti. Esa pasión, tan por encima del promedio, para mí fue una marca inolvidable. Siento que es algo que llevo y que comparto con mis compañeros de curso y lo asumimos como una especie de compromiso: es así como debemos seguir. Pero no siento que esa pasión sea parte de nuestra cultura; en general, nos contentamos con poco, con «más o menos», «regular no más».

Un libro que me impactó muchísimo es *La construcción social de la realidad*, un libro de sociología del conocimiento, de Berger y Luckmann, que me destapó la cabeza. Mucho de lo que consideramos natural, en el sentido de «las cosas son así», no tienen nada más que un sustento arbitrario. Y, por lo tanto, es pasible de ser cambiado, se puede cambiar. Creo que, por el contrario, en mi generación ha habido una sensación mayoritaria de que las cosas son «naturalmente» así.

«MUCHO ANTES DE SER MINISTRO  
HE SENTIDO QUE LAS PERSONAS,  
LOS CIUDADANOS TENEMOS UNA  
RESPONSABILIDAD MÁS ALLÁ  
DE NUESTROS PROPIOS OBJETIVOS».

---

Un libro de Lewis Hyde, *The Gift*, es una reflexión sobre el arte y el mercado que, al fin de cuentas, te plantea la idea de concentrar tus energías en la tarea y no en sus frutos. Es decir, el arte no como un producto que luego puede ser intercambiado por un valor, que nos distrae y parece convertirse en el valor de todo, que es lo que se pueda pagar por el arte.

Probablemente sigo siendo una persona que anda —no sé si terminando de buscar su vocación o terminando de completarla— siguiendo un viaje que me ha llevado por el deporte, por el Derecho, por el teatro, por la escritura, por la conducción de un programa político, por la escritura de columnas en un medio de opinión, por el cine y ahora un cargo como este. El hilo que he buscado es dedicarme a actividades que me encuentre dispuesto a hacer a cambio de nada; no a cambio del sueldo, en este momento con toda claridad, pero como actor también.

Mucho antes de ser ministro he sentido que las personas, los ciudadanos tenemos una responsabilidad más allá de nuestros propios objetivos. Y no es algo que se reduzca a lo político, porque desde que me incliné a cambiar de carrera y pasar del Derecho a la actuación, siempre he sentido que el teatro es una responsabilidad pública. Hay en el diálogo que se ofrece, desde el escenario a la platea, una conversación sobre lo más importante de la vida, mucho más allá de lo político; dependiendo del uso que se le dé, por supuesto. La relevancia del teatro se ha hecho cada vez más grande ante la irrelevancia de lo que queda expuesto en los medios, en general. Un cambio lamentable que no ha dejado de ocurrir es la banalización de los contenidos en televisión, donde hemos renunciado a lo público, salvo por el canal administrado por el Estado.

En mi experiencia en el teatro, quizás lo más importante haya sido darme cuenta de mis limitaciones como actor, respecto de mis propias expectativas. Esa fascinación por los actores camaleónicos, capaces de desaparecer y transformarse de un papel a otro, en otro ser humano, en otra persona: actores como Bruno Odar —que es de mi generación y a quien admiro particularmente en el Perú— o Gisella Ponce de León, en el caso de actrices más jóvenes, y más actores y actrices. Darme cuenta de que yo no era lo camaleónico que me hubiera gustado ser me llevó a tomar la opción que me quedaba: el camino de la verdad, que es finalmente la tarea fundamental del actor, que es ser verdadero en el escenario, bajo circunstancias imaginarias. Lo cual me parece que hace del teatro la fuente de atracción e inspiración para tantos, como yo mismo, porque uno primero es espectador, antes que actor; lo mismo que con los libros.

Creo que el magnetismo está en la verdad, en esa sensación que puedes tener, saliendo de un teatro, de que no has abandonado un mundo de ilusión sino que has abandonado un mundo de verdad y que hay mucho de falta de verdad en el mundo de la cotidianidad. No lo definiría como el gran logro, sino que la gran experiencia que siento haber encontrado en el camino de la actuación es el intento de acercarse honestamente a lo auténtico, a lo verdadero. Lo mejor que puede hacer uno mismo, parafraseando a Wilde, es ser uno mismo, porque todas las demás opciones ya están tomadas. Ese es el verdadero reto. Ese es el aprendizaje: no creo que tenga que ser otro sino tengo que encontrar cuánto de mí es demandado por un personaje y ofrecerlo con la máxima honestidad posible. Eso es una lección de vida. Y una buena obra de teatro —como un buen libro, una buena canción, un buen poema, una buena pintura— te conecta con algo que te puede interpelar, te puede reconfortar, te puede inspirar.

La verdad de lo que estás persiguiendo en la escena la verás o no en el rostro del otro. ¿Convenciste a tu personaje compañero en la escena de que es el amor de tu vida, que no te puede dejar? ¿O lees que tu compañera o compañero de escena está

fingiendo que lo has convencido, porque es lo que le toca hacer? El espejo siempre es el otro, la tarea siempre está en el otro, el personaje siempre está en el otro. Y eso cada noche, porque no hay función igual. Y a través de ese otro, el gran otro, que es el público, bajo un código que es el aplauso, pero no en tanto recompensa, sino en tanto reconocimiento y manifestación de la catarsis, que es la señal de que ha habido verdad, de que la gente ha dicho: «Reconozco eso como cierto».

A pesar de lo que me interesaba el Derecho, sentí que ahí había otro camino que me llamaba, como una vocación. El momento en que comienzo a alejarme del Derecho —que estudié con mucho entusiasmo y mucha disciplina— es cuando siento física, psicológica, fisiológicamente una sensación difícil de verbalizar, cuando se apagaban las luces y comenzaba, o cuando salía del teatro y sentía... no sabría bien cómo definirlo.

«HAY UN DESEO, QUE NO ENCUENTRA  
CANALIZACIÓN, DE QUE SEAMOS  
UN ‘NOSOTROS’ DEL CUAL  
SENTIRNOS ORGULLOSOS».

---

---

Ya tenía algunos años esperando la oportunidad de venir, queriendo volver al Perú. Y creo que el Ministerio de Cultura es el lugar más lindo y prometedor del Estado peruano. El campo es virgen para demostrar la relevancia política de la cultura; es un terreno que no hemos explorado. No me imagino, con facilidad, en otro ministerio.

Es verdad que no tengo ninguna experiencia en el sector público, pero tampoco la tengo en el sector privado. Y eso creo que es una ventaja. No ejercí como abogado, aunque, mientras estudiaba, trabajé casi cuatro años en dos firmas. Pero sé lo frustrante que resulta el sector público para quien viene del sector privado. Esa frustración no la voy a tener. Pero no estoy en un terreno libre de frustraciones. En estos tres meses en el cargo, cada día, en diferentes proporciones, es un cóctel que combina algo profundamente frustrante con algo inspirador. Por ejemplo, sentir que con el equipo terminamos de perfilar algo que consideramos una muy buena idea y luego viene una pinchada de llantas: para hacer eso, lo que necesitamos hacer para que pase por el alambique burocrático estatal es este tipo de expediente y recurrir a este cambio del sistema, con lo cual sí, quizás en el 2019 podríamos estar... Si fuera cierto que el promedio de duración de un ministro ronda los dieciocho meses, en 2019 ya no estaré. Afortunadamente, el equipo del que soy parte incluye personas con mucha experiencia en el sector público y en poco tiempo he ido mejorando mi tolerancia a ese tipo de respuesta; entonces, cómo lo podemos sacar.

Pero también hay cosas profundamente esperanzadoras y tienen que ver a veces con el eco: hay algunas cosas que de pronto tienen eco, hay respuesta, hay un camino, no hay una traba por ahí, eso se puede desarrollar, de hecho hasta hemos avanzado en esa dirección y se puede sumar.

El cargo me hace pensar que una posición de este tipo te enfrenta a tus limitaciones y también a tus fortalezas. Mi falta de experiencia en un cargo ejecutivo me hace notar, una y otra vez, que necesito ayuda del equipo, a veces de otro ministro con experiencia en aquello que en mi propia experiencia ha sido más débil. Y en otras cosas digo: «Sí, parece que esta parte mía sí ayuda, sí funciona». Y me doy cuenta de que puedo tener la capacidad de contagiar la ambición de llevar esa idea, aunque fuera pequeña, más allá y ver que, de pronto, la maquinaria se pone en marcha. Son cosas que, en estas pocas semanas, aparecen una y otra vez tanto en el lado de las debilidades como en el de las fortalezas.

Pertenezco a una generación de abogados que han crecido profesionalmente con este *boom* de las inversiones y que han terminado dedicándose a una serie de cosas —que de verdad no nos enseñaron en los años en los que estudiamos— y han conseguido ingresos inimaginables. Una actividad tan longeva como la jurídica, de pronto, con el cambio rápido del país, se enfrentó a otro tipo de negocios que no se conocían previamente, no masivamente.

Quisiera un Perú que le dé menos importancia a la ganancia personal, que canalice energías que creo que es evidente que existen. Hay un enorme deseo de encontrar como respuesta, desde los peruanos, que somos los mejores en esto o que somos los mejores en lo otro. Esto tiene que ver con la radical respuesta contra el escritor Iván Thais cuando dijo que la comida peruana le parecía indigesta, siendo peruano él también. La reacción fue: «Te estás metiendo con nuestra madre».

Hay un deseo, que no encuentra canalización, de que seamos un «nosotros» del cual sentirnos orgullosos, que juega en contraste con el reconocimiento de que la verdad es que no tenemos un «nosotros», que ocupamos este territorio demarcado por acuerdos con nuestros vecinos, los países limítrofes, donde nos tratamos fundamentalmente mal, con desconfianza, con envidia, con desprecio. Y a la defensiva: hay que cuidar a nuestros hijos, a nuestra familia, a nuestros amigos, porque hay una amenaza permanente.

El Perú que yo quisiera es un Perú que dé un salto al nivel de civilización democrática, donde haya espacio para discrepancia y que esto lo cuidemos porque es para los que conviven con nosotros ahora pero también para los que vienen después. Poder transitar por calles donde no tengamos que atravesar por la experiencia de junglas de sonidos y de metidas de carro que nos retratan como somos. Es ahí donde creo que



—iba a decir indirectamente, pero probablemente no— directamente es la cultura la que nos puede cambiar.

El Perú que yo quisiera es un Perú que sea capaz de sostenerse, independientemente de qué tan bien o mal nos vaya económicamente. No es que tenemos un buen país porque el producto bruto interno haya crecido. El país no ha crecido; la economía ha crecido, el *output* ha crecido. Hemos conseguido ser un país donde la tarjeta de débito o de crédito vale más que el DNI. Porque la tarjeta de crédito y el mercado han tenido unas consecuencias profundamente democratizadoras y eso es algo importante de destacar. Falta lo otro, decir: «Este es mi DNI y, por lo tanto, merezco respeto, tengo derechos, tengo responsabilidades y obligaciones».

Es ahí donde creo que el Estado puede asumir un rol de docencia importante. Conociendo nuestro país, como cualquier peruano, parece un milagro haber conseguido que las personas se pongan el cinturón de seguridad. Eso se ha conseguido. O que te pregunten: «¿boleto o factura?». Si hemos conseguido eso, por qué no hemos sido capaces de conseguir que nos detengamos donde dice «pare». Han proliferado los rompemuelleres. Esa es la mayor señal de cómo hemos sido incapaces de internalizar el «pare» y entonces hay que poner un obstáculo físico.

Sí creo que se puede. A los ejemplos de que se puede hay que sumar el de los peruanos en el exterior que con mucha facilidad y mucha velocidad se adaptan al orden que el propio espacio te sugiere o te exige. Quiere decir que no nos hace falta nada más que la decisión y la voluntad de sostener esa decisión, que parte de la conciencia de su verdadera relevancia. No le damos esa relevancia, como en algún momento sí consideramos que era relevante ponerse el cinturón de seguridad, multar a las personas que no lo tuvieran y destinar a los policías en diferentes partes de la ciudad con la tarea principal de mirar y hacer cumplir la norma. Como hizo la SUNAT también con quienes no daban una factura. Tenemos los recursos y tenemos la capacidad de hacer cumplir la ley. No digo que ahí esté la llave de todo, pero sí creo que hay un camino que somos capaces de recorrer.

«TENDRÍA MILITANCIA POLÍTICA  
BAJO DOS CONDICIONES:  
LA PRESENCIA DE UNA VISIÓN Y  
LA AUSENCIA DE UN LIDERAZGO  
CAUDILLISTA».

---

He encontrado personas que comparten la utopía, pero me parece que, en general, lo que prima es una especie de resignación a que las cosas no funcionan así, nuestro país no funciona así. Tuve una conversación con un amigo —en realidad no éramos tan amigos todavía cuando tuvimos esa conversación— a raíz de «Magallanes», la película que escribí y dirigí en un proceso de casi una década. Él también es cineasta y me dijo: «A ti te interesa lo público y quería comentar contigo que tengo hijos chicos y a veces me pregunto qué es lo mejor que puedo hacer: entrar en política para ofrecerles en el Perú un mundo mejor o pedir la ciudadanía canadiense y ofrecerles un mundo mejor, ya armado, ya hecho». Me pareció muy fuerte, me impactó lo que me dijo. Pero ilustra cómo se relaciona mi generación con la utopía o con su imposibilidad.

No recuerdo quién dijo: «Si quieres dar la mejor educación a tus hijos, hazlos crecer en una ciudad con buenas leyes, porque esas buenas leyes se vuelven segunda naturaleza». Me sentí afortunado de que nuestras hijas estuvieran creciendo en Colombia, cuando un día mi hija mayor, todavía chiquita, me dijo: «Papá, qué significa cholo, explícame», porque era incomprensible para ella. La ignorancia de eso me pareció un elemento muy positivo en el crecimiento de mis hijas en Bogotá, fuera de ese tipo de nociones.

Algunos buenos amigos, al haber asumido esta función, me han felicitado y me han agradecido por el sacrificio. Entiendo perfectamente lo que quieren decir, con la mejor de las intenciones. Pero, en el fondo, por qué es un sacrificio. Me escribió un mensaje Alonso Segura, con quien fuimos compañeros de promoción en Letras y fue ministro del gobierno anterior. Me dijo: «te felicito y ya descubrirás que, con todas las dificultades, asumir el cargo de ministro es, en verdad, un privilegio». Todavía no tengo mucho tiempo en el cargo pero estoy absolutamente de acuerdo. ¿Cómo puede ser concebido el cargo, al mismo tiempo, como un privilegio y como un sacrificio? Hay una conexión muy interesante, que los hace parte de un continuo. ¿Por qué un sacrificio? Porque en principio estoy renunciando a mi bienestar personal, por dedicarme al bienestar público. Pero es precisamente por eso que es un privilegio.

Ese privilegio te conecta con una sensación muy similar a la que puedes encontrar sobre un escenario. Salvo la televisión, que eventualmente puede ser lucrativa, la decisión de ser actor y acercarse al teatro no es una decisión que esté buscando una recompensa más allá del aplauso y uno se da cuenta de que la recompensa está sobre el escenario. Y que el aplauso lo que hace es reconocer que tuviste tu recompensa, que la ofreciste y la compartiste, básicamente que serviste. Vivimos en tiempos donde, después de los desastres violentos con los que caímos en los años noventa, la aparición del mundo privado y la búsqueda del bienestar individual —que achica la idea de felicidad a la posibilidad de tener crédito, comprar en cuotas, tener un carro, un departamento y hasta viajar— ha adquirido mucha fortaleza. En ese contexto, la idea

de servir suena como un sacrificio tan cercano a lo incomprensible que, por lo tanto, es digno de ser agradecido.

No he militado en política y en este momento no existe un partido en el que tendría militancia. Pero la tendría bajo dos condiciones: la presencia de una visión y la ausencia de un liderazgo caudillista. Digo visión porque quizá es mejor que usar la palabra ideología, sobre todo ahora, que está siendo usada para combatir la libertad, la igualdad y la tolerancia. Quiero decir una visión en la que yo también me pueda encontrar políticamente con una cantidad de personas que podamos decir: «nos sentimos afines a partir de esta visión de país o de cómo entendemos que debiera ser el mundo». Y eso a tal punto que no sea importante —a contracorriente de nuestra historia política— que haya un gran líder que la proponga. Creo que con esas dos condiciones, no solo no tendría ningún problema, sino que tendría mucho entusiasmo en ser militante.

Tengo esperanza. Veo en nuestra juventud motivos para la esperanza, sensación de una mentalidad diferente y ganas de construir un país que sientan propio, tan cerca al bicentenario. No es que no vea los obstáculos, que no vea retos inmensos que el país enfrenta y el mundo también. Hay una polarización de maneras de ver el mundo que, me parece, tiene que ser enfrentada con cuidado. Pero, por ejemplo, a raíz de esta emergencia en la que el gobierno ha estado volcado, en más de una oportunidad he tenido claramente la sensación de que por personas como las que he conocido en el campo, no hay mil *trolls* que puedan tocarme. Y los menciono porque sí, está la esperanza, pero también están los *trolls*. Pero nos hemos encontrado con personas en una situación de dificultad enorme y —así como había personas pasando dos, tres, cuatro, cinco veces, repitiendo turno para recoger ayuda y acapararla— que han mostrado un comportamiento absolutamente contrario, que han dicho: «No, yo ya recibí, pero un poco más allá hay gente que no ha recibido». De verdad, no necesitas tantas personas para encender la esperanza.